

al poema (“Las acendradas síntesis: / sonatas, y quatuorsis insólito prodigio, filtros puros...”) así como variadas clases de instrumentos (“oye la voz serena, / la voz profunda oye / de Bach —añosa encina, / inmensurable selva, órgano él mismo y templo de la armonía— /”). Así, el poema que es una especie de equívoca alabanza de la enorme colección de discos del autor se hace omnipresente en los tres capítulos del libro, pero pierde en profundidad a merced de las reiteraciones (“gira / la negra / luna / de ebonita / sobre sí propia y canta...”). Y así ocurre con otros poemas de características semejantes.

Que Hernando Caro podía mostrar sin vergüenza sus conocimientos musicológicos en un medio en donde un título como éste no pasa de ser una pose oportunista, lo reafirman no sólo sus estudios en Bogotá, París y Friburgo, sino también, la precisión de sus comentarios de prensa condimentados con oportunos y sabrosos apuntes. Muchos de ellos esbozados con partitura en mano en la penumbra de las salas de concierto.



Esa cualidad se aprecia, sobre todo, en la segunda parte del libro en la que el tema de la historia de los instrumentos y su lugar en la poesía de León de Greiff, es apenas un pretexto para revelar aspectos contundentes del poeta como artista de su tiempo. Cuando Caro Mendoza se ocupa de la importancia que De Greiff otorga “al timbre, al sonido peculiar de cada instrumento”, es una manera de equiparar ese procedimiento al de la música instrumental que, apenas nacido el siglo XX,

hacía eco a las resonancias propias de la llamada revolución industrial. Debussy lo percibía en las figuraciones fuera de equilibrio tonal de sus piezas para piano. Lo mismo Satie que componía en función del tiempo. O Mahler y Berlioz que hacían retumbar la orquesta en polifonías en busca de tonalidades nuevas.

La prosa de Caro Mendoza es clara, directa y sin complicaciones. Por ella circulan sin meandros estilísticos la erudición de sus conocimientos en varios frentes, no siendo el menor de ellos el de la literatura. Allí encontramos ese humor repentino y mordaz, tan propio de otras generaciones de bogotanos, que hoy se diluye en favor de un pretendido aire cosmopolita.

De allí que las anotaciones al peculiar humor del poeta, diseminado a lo largo y ancho de sus poemas, se convierta en recurso de entretenido análisis. A propósito del poema *Son* publicado en *Veleo paradójico*, Caro se refiere a su absurda rima y a las asociaciones que resultan no menos divertidas (“Cuando tango la zampoña / cuando soplo la ocarina no pienso en daifa ni en doña / si me alaba o me abomina / si se enfada o se alborota”). En un juego de palabras se convierte la mención de Beethoven y Schubert que el autor trae a cuento “en un contexto muy característico”: (“ora el trío del archiduque / o el quinteto del miope cacique / un lieder: Franz Meter austríaco / que junto al sordo se coloca, / del sordo a lado lo coloca...”). Parece un juego de niños. O, las “cuerdas relocas” de que habla De Greiff en *Aire faceto* en donde legendarios constructores de violines actúan como vívidos personajes. También se habla del “cómic contexto” de “Farsa de de los pingüinos peripatéticos” en el cual se evoca el sonido del contrabajo: “Raspa el viento / el ventruado contrabajo / sin ton ni son, siquiera toca-teja /”. Y el piano que hace su aparición en un entorno que es “más bien disparatado y humorístico”: “El búho más lejano su voz de flauta hila.../ El que le canta como un piano de cola...”.

Este libro, como apunta en el prólogo Fernando Caycedo Malo, es un doble espejo, en donde se reflejan las figuras de León de Greiff y Hernando Caro Mendoza. Y en donde resuenan versos como aquel *Relato de Skalde* publicado en 1936: “La noche ceñuda, apocalíptica, que ensordecían los timbales / desaforados y rasgaban las trompetas...”.

O, tal vez, Soledad, la heroína del relato “La última muchacha sin cabellos de lino” con “...sus grandes nalgas y sus gruesas crines de yegua campesina y su olor acre y alacre —greiffiano, digo yo— seguirán rondando por ahí, por ese tiempo que andaba buscando Proust”.

CARLOS BARREIRO ORTIZ

“Un homenaje”

De voces y de amores:
ensayos de literatura latinoamericana
y otras variaciones

Montserrat Ordóñez

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2005,
460 págs.

Quiero empezar esta reseña con una especie de anécdota que no tiene un final feliz pero que, de alguna manera, también forma parte de mi homenaje póstumo a esta gran traductora, editora y crítica literaria que sigue siendo Montserrat Ordóñez.



Va mi especie de anécdota: yo siempre quise conocer a Montserrat. Nunca la vi en persona, pero leí varias de sus magníficas traducciones de escritoras de lengua inglesa y algunos de sus ensayos de crítica literaria

con enfoque de género. Siempre me producía alegría saber que existía una persona como ella que, con una escritura simple y directa, pudiera o bien verter al español el trabajo de escritoras no muy conocidas por estos lares, o dar cuenta de una lectura profunda y solidaria de textos de mujeres que habían dedicado su vida a encontrar una voz con la cual expresarse a través de la literatura.



No creo, y me lo confirma alguno de los escritos del texto que me apresé a reseñar, que Montserrat fuera muy dada a hacer apariciones en público más allá, tal vez, de las clases que dictaba en la Universidad de los Andes. Por eso, nunca pude verla “en acción”, aunque, si mi memoria no me traiciona, alguna de mis amigas, que trabaja en grupos feministas, me comentó que la había oído dar una charla sobre literatura de mujeres, “totalmente magistral”.

Un tío mío, también escritor de renombre, sí solía frecuentarla o, más bien, sí la conocía, y tenía con ella algún tipo de amistad. Cualquiera día que hablaba de literatura con mi tío, tocamos el tema de Montserrat y yo le confesé la fuerte admiración que profesaba por esta mujer, y cuánto me gustaría conocerla. Mi tío me dijo: “Ah, cuando quiera”. Mi corazón saltó de la dicha. Por fin iba a poder conocer a Montserrat Ordóñez...

Pero la vida tiene sus ocupaciones y los meses fueron transcurriendo sin que yo pudiera acordar con mi tío una cita para hacer la cita con Montserrat. Cualquiera día abrí el periódico y con ojos desorbitados leí que Montserrat había muerto. La razón no la explicaban. Llamé, entonces, a mi tío, y él me dijo que había muerto de alguna afección del páncreas. Quedé muy triste. Ya nun-

ca podría verla en persona ¡y lo cerca que había estado!... Sin embargo, pensé, ella perduraría porque ahí estaban sus textos, sus traducciones, sus ensayos críticos, su obra... Nuevamente me volví a meter en mis ocupaciones rutinarias y en mis propios rollos, y “olvidé” a Montserrat... hasta ahora que me han dado este libro para reseñar y vuelvo a sentir su presencia, su cercanía, su brillantez, su simpleza, su cariño por nosotras las mujeres y, verdaderamente, me siento honrada de poder escribir algunas palabras sobre esta mujer que, sin duda, hizo el trabajo más profundo en nuestro país sobre la voz de las mujeres en la literatura.

El libro de Montserrat Ordóñez realmente es magnífico e iluminador. Consta de muchos ensayos que sus colegas y amigas recogieron del libro en preparación en el que estaban trabajando juntas cuando ella se fue de este mundo. Hay ensayos, claro, sobre la obra de Soledad Acosta de Samper, esa escritora no lo suficientemente reconocida, pero cuya prolífica obra Montserrat se dedicó a estudiar con ahínco. En el caso de Soledad Acosta de Samper debo decir que, aunque no conozco su obra y aunque respeto inmensamente a Montserrat como ya se habrá notado, no me produce pasión alguna. No comparto el interés de Montserrat Ordóñez por ella, aunque reconozco que la pasión y la profundidad con que escribe sobre Soledad seguramente me llevarán a que un día de estos cuando me tope nuevamente con uno de sus libros de “educación cristiana para adolescentes”, no me sienta tan tentada a ponerlo de nuevo en el estante...

También hay ensayos sobre Elisa Mújica, cuya obra conozco un poco mejor y sobre la que comparto más las apreciaciones críticas de Montserrat Ordóñez, y sobre Marvel Moreno y Laura Restrepo, para hablar sólo de las escritoras colombianas incluidas en este libro.

Entender el propósito de esta parte de la colección de ensayos críticos sobre estas cuatro escritoras colombianas no necesita de un gran esfuerzo de la mente. Indudablemente, la

profesora Ordóñez iba al rescate de las escritoras colombianas no leídas lo suficiente y no reeditadas en la mayoría de los casos (a excepción, tal vez, de Laura Restrepo, quien en los últimos años ha entrado como en una suerte de *boom* literario y político sin que esto, aclaro, demerite la calidad de su obra).



Y el propósito se logra, no necesariamente en términos prácticos, es decir, no sé si de ahora en adelante se reeditará y se leerá más a la Acosta, a la Moreno o a la Mújica, pero de lo que sí estoy segura es de que cualquier profesor o estudiante de literatura en Colombia, con sensibilidad, inteligencia y amor por lo que hace, no podrá ignorar la referencia en la que, en este caso, se vuelven los ensayos de Montserrat, y no podrá tampoco pasar por alto la seriedad investigativa, el análisis claro y sencillo y la interpretación acertada que ella hace de estas escritoras. Por supuesto, esto llevará, a su vez, a que su obra sea más y mejor leída y a que se planteen nuevos estudios sobre estas escritoras y, así, Montserrat Ordóñez podrá decir: “¡Misión cumplida!” y todos nos alegraremos mucho. Porque en un país machista como este, con una pléyade de escritores misóginos y editores aún más misóginos o desinformados, lograr que la voz de las mujeres en la literatura (y para el efecto en cualquier campo) sea oída es un logro que merece casi un día de fiesta nacional en el que, por ejemplo, en lugar de regalarnos tantos *gadgets* inútiles como lo hacemos ahora, nos regaláramos novelas de mujeres, ensayos de mujeres, poemas de mujeres y, así, todos fuéramos conociendo a esa “otra mitad

del cielo" (como dicen los chinos), que también tiene tantas y tan importantes cosas que expresar.

En el compendio de ensayos también hay textos sobre otras escritoras cuya voz necesita ser revalorada: Clarice Lispector, Luisa Valenzuela, Cristina Peri Rossi, Blanca Wiethüchter y Virginia Woolf. Y ensayos sobre hombres también importantes para la literatura (es decir, para la vida): Gabriel García Márquez, Manuel Puig, Aurelio Arturo, Julio Flórez. Estos ensayos son igualmente interesantes y me han hecho comprender de nuevo que el tema de género no es sólo otra moda políticamente correcta, sino un acto de compasión humana: es preguntarme quién soy desde mi ser hombre o mi ser mujer, desde mi esencia, desde lo que yo escojo, y no desde lo que me obligan a ser. Traer el tema a colación, ponerlo de presente, contribuye de manera enorme a que hombres y mujeres nos reconozcamos a nosotros mismos(as) y esto, a su vez, hace que la sociedad esté compuesta por sujetos y no por objetos (zombis) que lo único que hacen es comprar, matar, herir, dañar sin mirar a quién, a causa de su inconsciencia.

Podría ser que muchos pensarán (y esto lo he oído decir muchas veces) que el tema de la recuperación y validación de la voz de las mujeres es un embeleco más que se han inventado las feministas para justificar su perversa animadversión por esa parte de la humanidad (los hombres) a la que tanto o todo le deben. Con frecuencia me asombra y me entristece ver que entre los(as) más jóvenes es casi una vergüenza admitirse feminista, y que incluso los más ignorantes creen que el feminismo es justo lo opuesto al machismo (cuando, al menos desde mi perspectiva, lo primero es una postura revolucionaria y liberadora, mientras que lo segundo es un aferramiento mental paralizante). Pareciera que el vocablo (o la postura feminista) está cargado de connotaciones terroríficas (¿terroristas?) que remiten a quien lo oye a un mundo de rencores, com-

petencias, roles subvertidos, lesbianismo, mamertismo, etc. Entre estos(as) jóvenes nadie parece reconocer que gracias a las feministas las mujeres tenemos voto, nos podemos poner minifalda, conocemos los anticonceptivos, podemos ir a la universidad y, lo más importante de todo, podemos dejar de ahogarnos con nuestras propias palabras, y ya no tenemos que inhibir nuestras propuestas sobre un mundo mejor, donde todos tengamos cabida, donde no se excluya a nadie en razón de su anatomía, su color de piel, sus preferencias a la hora de ir a la cama o de formar una familia, su capacidad de decir "no más violencia" o cualquiera de las cosas que el establecimiento piensa que son amenazantes para su podrida estabilidad.



Pues que se entienda que esa voz existe y que vale la pena oír la es una de las tareas que Montserrat logra con este libro de ensayos en el que se incluye, además, como *bonus track*, una magnífica traducción de un cuento de Kate Chopin (San Luis, Misuri [Estados Unidos], 1851-1904), una escritora que ni aún en su país de origen ha sido reconocida, tal vez, por lo subversivo de su hermosa prosa narrativa en la que preveía, pese a la época en la que vivió, un despertar (su mejor novela se titula *The Awakening* [*El despertar*]) para las mujeres, en el que éstas se atrevían a explorar su sexuali-

dad y su mundo interior incluso en el marco de un matrimonio acartonado y asfixiante.

Además de recomendar enfáticamente la lectura de todo el libro de Montserrat Ordóñez, recomiendo la lectura de su traducción de *La historia de una hora* (el cuento de Kate Chopin) que Montserrat nos regala en este libro. Recomiendo la lectura de "Instrucciones para mujeres: cómo pasar del dicho al hecho y escribir una tesis, un artículo, un libro, o nada", recomiendo leer el delicado análisis de la obra de Elisa Mújica y de Marvel Moreno (a quien Montserrat nunca pudo conocer como yo a ella), y agradezco a las tres editoras Carolina Alzate, Liliana Ramírez y Beatriz Restrepo, al igual que a los herederos legales de Montserrat, habernos dejado conocer este magnífico compendio que se constituye en piedra angular y en obligado texto de referencia para quienes tengamos la apertura de corazón suficiente para adentrarnos en el mundo que las mujeres siempre hemos querido construir, y en el cual, la voz de Montserrat Ordóñez también necesita ser recuperada.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

¡Tamaño libro!

La historia de las guerras

Rafael Pardo Rueda

Ediciones B Colombia, Bogotá, 2004, 748 págs.

Casi que el absurdo tamaño de este volumen invalida cualquier aproximación a su lectura. Si se trata de exhibir en la sala de la casa el único libro que se tiene, está bien. Más apropiado para sostener lámparas que para leerse de corrido, este mamotreto no resulta muy atractivo a primera vista. No obstante, su lectura puede deparar goces, y no pocos.

Llegué a este libro interesado, no tanto en la carrera política de su au-